

¿A quién elevaré mi plegaria entre estas ruinas?

Carolina del Río M.

*¿a quién elevaré mi plegaria?;
luego del tiempo frente a níve rodeada de espejos,
en espera de fuego y destrucción;
luego de huir, de lo oscuro hacia lo oscuro, aullar e implorar,
el ojo de la luz arrebatado, en el silencio;
frente a lo perdido y a la hoguera inmóvil:
hueso de hombre, hueso de mujer,
hueso de árboles y muchos animales;
¿a quién elevaré mi plegaria entre estas ruinas?¹*

El más grande misterio de la vida, de la nuestra, es sin duda, el dolor. No conjugan bien el verbo amar de un Dios creador bondadoso con el verbo sufrir de tantos, demasiados. Es en este quicio, decisivo y radical, donde se puede oír sutilmente el latido de la esperanza cristiana de la Vida o el gemido desgarrador del vacío, de la ausencia densa de un dios que dice amar y que parece que no ama. No hay, me parece, un mejor contexto para hablar de la esperanza que el dolor. En los tiempos de bonanza el drama de la vida pierde sus contornos; creemos que cuando todo marcha bien, Dios ¡obvio! está presente. Pero basta un sablazo doloroso para que se derrumben hasta los cimientos todas las seguridades, y tanta ingenuidad y ligereza. Ser adultos en la fe supone encarar el dolor sin eufemismos ni trampas. Supone hacerse cargo en libertad del grito del sufriente -el del mismo Nazareno traspasado, y el grito propio y el del otro- y escudriñar, escudriñar hasta que sangren las manos, ¡dónde está Dios!

¿Cómo hablar de Dios en medio del dolor? ¿Cómo decirle al que sufre “Dios es amor” o “Dios te ama” para que ello le resulte significativo? ¿Qué sentido tiene Dios para el que está sufriendo? ¿Cómo decir al que sufre “espera en Dios porque te ama”? ¿A quién eleva su plegaria esa voz que llora en medio de la nada densa, oscura, dolorosa? ¿Cómo decirle al Cristo que está siendo traspasado, espera, confía en el Señor, “eres definitivamente amado, suceda lo que suceda”?²

Preguntas como éstas, lacerantes como dardos desde siempre y para siempre, mueven esta reflexión. Reflexión que no pretende una respuesta, sino atisbar una salida para acercarse al dolor y a la muerte enfrentando cara a cara el sin-sentido brutal y escandaloso del sufrimiento. Porque nada, me parece, ni nadie -nunca- debería decir que el dolor tiene

¹ Diego Muzzio, “Barco en la oscuridad hacia Tarsis”, en *Sheol, Sheol*, Nuevohacer Grupo Editor Latinoamericano, 1997, 43. En adelante se cita esta obra sólo con el apellido del autor, el nombre del poema y la página. El autor no usa mayúsculas.

² Cfr. *Carta Encíclica Spe Salvi* del Sumo Pontífice Benedicto XVI a los obispos, a los presbíteros y diáconos, a las personas consagradas y a todos los fieles laicos sobre la esperanza cristiana, Editrice Vaticana, 2007, edición bilingüe latín-español, 3. En adelante todas las citas referidas a la Encíclica pertenecen a esta edición.

sentido. Porque no lo tiene. No puede tenerlo -ni debe- porque hemos sido creados para la vida, no para la muerte. El Dios de Jesucristo no quiere la muerte. Cada muerte, cuando no hay resurrección, es un fracaso de la libertad del hombre. Dios hecho uno con Jesús crucificado se reconoce a sí mismo en ese hombre sufriente, reconoce en Él al Hijo y ese reconocimiento amoroso es la resurrección para Jesús. Y para nosotros en Cristo. Lo que nos salva no es el dolor mismo de la cruz, sino el Amor haciéndose dolor y muerte en el madero de la cruz. Pero, ni Dios quiere el sufrir, ni el sufrir en sí tiene sentido.

Y, sin embargo... sufrimos. ¿Qué hacer, entonces? ¿Callar? Sí. Casi: susurrar que en el Nazareno crucificado hay una tenue luz, muy tenue, que permite atravesar el dolor con el corazón igualmente adolorido, pero confiando; confiando que la muerte no es la última palabra. Confianza sostenida por la esperanza del actuar de un Dios-Amor fiel, y fiel hasta la muerte, la muerte suya, su propia muerte, ¡y muerte de cruz! (Flp 2)

*nunca más la paz de tus muslos mojados,
ni la penumbra feliz de mi rostro contra tu pecho;
este no es lugar de reposo, madre;
nafragios atestan el espacio que separan las costillas;
he perdido el rumbo, la calma, la paciencia:
hay animales en el fondo de mis ojos³.*

En este ensayo habrá cristología como principio y fin, como creación y redención, todo en uno, todo en Cristo, todo recapitulado en el que muere y desciende a los infiernos y desde allí se alza para alzarnos. Para hablar de la esperanza en el dolor no sirve -me parece- el hablar convencional, ni el académico ni el científico, ni sus formas, ni sus reglas. “Los discursos menos absolutos, los discursos de la incertidumbre o de la diversidad parecen más adecuados en estos tiempos. El discurso poético, aquel que revela y oculta las cosas, también parece adecuado para curar las heridas y para ayudar a buscar, en esta especie de ‘tragedia’ común, caminos para aprender a vivir juntos [con el dolor]”.⁴ Habrá, además, en este ensayo, *cristología poética* porque iré hilvanando la reflexión teológica con el dolor esperanzado de *Sheol*, *Sheol* obra de Diego Muzzio, poeta argentino. Sólo quien logra reventar el lenguaje podrá decir algo sobre la esperanza en el dolor atrapando los fragmentos que caigan después de la explosión. Y eso hace Muzzio. Y yo hago el intento con él.

Iré caminando lentamente, con el silencio que impone el dolor contemplado, avanzando y retrocediendo; el texto irá siguiendo una espiral ascendente y descendente a la vez, se moverá entre el cielo y el infierno visitado por Cristo, entre palabras mías y palabras de Muzzio... será como una doble hélice, intentando descifrar el “ADN de la esperanza” en el dolor mismo. El poema no introduce el texto; tampoco éste explica aquél, sólo dicen cada

³ Muzzio, “Lamento de Lázaro I”, 47.

⁴ Ivone Gebara, *El rostro oculto del mal, una teología desde la experiencia de las mujeres*, Trotta, 2002, 85-86.

uno lo suyo para atisbar y aguzar el oído. Seguir la lectura del poema será contemplar el dolor del Dios crucificado. Lo demás... balbuceos para escudriñar adónde va a dar el aullido final de Aquel que confió en su Abbá.

*profundo, en la sangre,
vive el árbol de cada uno;
de esa íntima madera
será la cruz⁵*

¿Qué es la esperanza? Benedicto XVI en *Spe Salvi* afirma que es “llegar a conocer al Dios verdadero” (3) y la “gran esperanza”, como la llama, es saber que “yo soy definitivamente amada, suceda lo que suceda; este gran Amor me espera.” (3) Lo que Cristo trae con su muerte y con su cruz, agrega, “es el encuentro con el Dios vivo y, así, el encuentro con una esperanza más fuerte que los sufrimientos de la esclavitud, y que por ello transforma desde dentro la vida y el mundo.”⁶ Pero, el crucificado según los Evangelios sinópticos muere abandonado del Padre y con la conciencia brutal de ese abandono; y ese abandono radical ¿No es, acaso, su descenso a los infiernos? ¿Cómo, entonces, se hace presente el amor de Dios en ese momento? ¿Cuál es la diferencia entre la muerte del Hijo y la muerte de un hijo cualquiera? Al parecer ninguna. ¿Dónde está la solidaridad de Dios? ¿En el morir como todos y cada uno?. ¿Es acaso el silencio la expresión de su amor? ¿Es el sucumbir del Hijo ante el poder del pecado lo que lo hace solidario? No parece que en los Sinópticos haya indicio alguno del amor del Padre por su Hijo *en* el momento de la muerte. Por lo tanto, o Dios no se afecta con esa muerte -y por lo tanto con ninguna muerte- o muere junto con el Hijo -y por lo tanto muere en cada muerte- Si no se afecta es un Padre indeseable y si muere junto con el Hijo es impensable como Dios. ¿Dónde quedamos? En el silencio irrefutable de Dios...y en la resurrección.

¿Y entre la densidad del silencio del Padre que parece que no ama y la resurrección?... más silencio y un difuso atisbo de salida escudriñado por las manos sangrantes de Lucas que -intuyo- también se preguntaba ¿Dónde estabas, Dios?!. El evangelista de la ternura divina pone en boca de Jesús un retazo del salmo 31: “Padre, en tus manos pongo mi espíritu.” (Lc 23, 46) Y ese retazo de salmo, gritado como recurso final, nos obliga a mirar la vida de Jesús, y Su fe. Ese salmo de último minuto nos hace preguntarnos ¿En qué Dios creía Jesús? : “En ti Yahvé me cobijo... ¡líbrame!... Sé mi roca de refugio... Tú eres mi peña... en Tí confío... en tus manos abandono mi vida y me libras, Yahvé, Dios fiel... Estoy dejado de tus ojos... pero oías la voz de mi plegaria cuando te gritaba auxilio... ¡Tened valor, y firme el corazón, vosotros, los que esperáis en Yahvé.”⁷

Los que esperan en Dios, fe-esperanza... la garantía de lo que esperamos (cfr. Hb 11,1) La esperanza es una luz delgada, débil, delicada, una fuerza imperceptible que nos va poniendo de pie, que nos endereza de a poco, una y otra vez; que nos hace mirar la luz de la cruz, y su tiniebla: La esperanza, es esa *íntima madera* de la que estamos hechos, que nos habita y

⁵ Muzzio, “Cruces”, 21.

⁶ *Spe Salvi* 4.

⁷ Salmo 31. Fragmentos.

nos sostiene. Es el impulso que permite abrir la boca y gritar con Cristo crucificado porque ese grito-nuestro-en-Cristo nos redime. Y es ese Cristo-hecho-nuestro-dolor que en su grito final nos da la razón, y la respuesta. Una respuesta desconcertante y escandalosa. Una respuesta que mana, junto con su sangre, de la fe en Su Dios. La esperanza es un don desproporcionado, exuberante que anida *en y gracias a*, nuestra creaturalidad; es la sobreabundancia con que nos quiere Dios y con que nos creó.

La esperanza no pisa fuerte, ni llega desde el cielo entre trompetas. Es una fuerza callada, silente, que se adivina por vez primera cuando nos paren y por última vez cuando nos cierran los ojos. La esperanza está inscrita en la creación, en la mía propia, en la de cada uno, se nos regala con el *ruah*. La esperanza no entra al mundo con la resurrección, sino con el designio creador de Dios. La vida eterna que anhelamos y la esperanza de alcanzarla es un deseo inscrito en la existencia misma. De allí que sea necesario “tener limpias las fuentes de la creación... creación que nos precede como don”.⁸

*frente a tus ojos que sólo ven tus ojos
madre señor eli, espíritu del mar espíritu del fuego, señor:
Concédeme la paz
en el olvido
y que mi cuerpo se una
según tu palabra
al agua invisible incorrupta
de los siglos⁹*

Esta creación donada nos remite a la alianza veterotestamentaria, a las promesas de Yahvé, a la fe de Jesús: “Estableceré mi alianza entre nosotros dos, y con tu descendencia después de ti, de generación en generación: una alianza eterna de ser yo tu Dios y el de tu posteridad. Te daré a ti y a tu posteridad la tierra en la que andas como peregrino, todo el país de Canaán, en posesión perpetua, y yo seré el Dios de los tuyos” (Gn 17,7-8) La creación, ésta que tocamos, saboreamos y olemos, está incluida en la promesa, lo mismo que la descendencia, que con David adquirirá el talante mesiánico (cfr. 2S7, 13-14)

La experiencia que hace el pueblo de la intervención fiel de Yahvé es condición de posibilidad para poder hablar con confianza de Dios como amor. Las promesas del AT y la conciencia del pueblo de que Dios ama, crea y libera, se funden en una única certeza: “Confíad en Yahvé por siempre jamás, porque en Yahvé tenéis una roca eterna” (Is 26,4) Para el pueblo creer en Yahvé es creer en un Dios que se compromete con ellos, con su historia y su dolor, que anima su esperanza, no sólo en teoría, sino en la práctica: Dios actuará liberándolos (en el yugo babilónico o en cualquiera, incluso en la muerte) El pueblo confía-espera esa intervención por siempre jamás. Esa confianza-esperanza de la acción de Dios está proyectada al futuro: Dios *ya* ha actuado, *pero aún no* termina de hacerlo... ya, pero todavía no, la tensión escatológica. A esta certeza nos remite el salmo *expirado* por Jesús, Dios actuará en su muerte y... al tercer día resucitó.

⁸ *Spe Salvi* 35.

⁹ Muzzio, “Lamento de Lázaro III”, 56.

*ahora en la hora de la muerte;
¿a quién implorar?, ¿quién escuchará la plegaria?;
balbuceos para el viento o sólo lamentos que la tarde extingue;
nadie será abandonado;
¿por quién?, ¿y quién iba a escuchar la plegaria?
que dulce cansancio el que me adormece;
la hora de la muerte es todas las horas,
pero no hay un fin del dolor no hay descenso o fin del tormento;
esta es mi aflicción;
y no decías rabí, raboní,
en este lugar donde ahora hundo mi dedo mañana hundiré hierbas,
lavaré llagas con perfumes y me quedará hasta el alba,
dormiré contigo en la primera noche de la tumba;
magdalena
tengo sed; magdalena¹⁰*

La comunidad eclesial, el pueblo, sostiene y alimenta la esperanza de los que sufren. O debería hacerlo. ¿Cómo mostrar que a pesar del sufrimiento padecido Dios sostiene y acompaña? Es la esperanza que se ancla en la experiencia del pueblo y en el actuar de Yahvé: Dios cumple sus promesas, es fiel, y la comunión, el cuerpo-pueblo es fuente de energía para superar el sufrimiento porque por ella sabemos que no estamos abandonados. La *comunión compasiva*, la experiencia de una comunidad que sigue el ejemplo del samaritano es eficaz para atravesar el desierto del dolor: “Lo que hace vivir no es sólo la salvación efectiva, sino también la solidaridad como deseo de salvación. Hay una experiencia personal y colectiva de la cruz y de la búsqueda de la propia salvación y de la del hijo que se tiene en los brazos, la salvación de una misma y la del compañero o compañera que vive las mismas aflicciones. En el mismo cuerpo coexisten la cruz y la resurrección: ambas se funden, en un mismo cuerpo en una sola cosa”.¹¹

El pueblo no cree que Yahvé los ha creado “por un lado” y los salvará “por otro”. Más bien, su fe madurada en la historia amarra la salvación a la creación misma; es la misma creación la condición de posibilidad de la liberación. Porque han sido creados, no pueden, sino, ser salvados: Porque Dios es bueno. Y esa es su esperanza radical (cfr Is 43) “Supuesta la salvación-creación establecida en el Antiguo Testamento, quien ejerce una de estas dos funciones ha de ejercer la otra. Si Cristo es el mediador de la salvación –y por cierto el único mediador: 1Tim 2,5- ha de serlo, también de la creación; el *ser* simplemente y el *ser salvado* no pueden proceder de dos principios distintos, sino de uno solo.”¹² La impronta cristológica que afirmamos y proclamamos de la creación (1Cor 8,6; Col 1,15) nos permite afirmar que “Cristo está al final de la historia como salvador, porque está en su comienzo como creador; las funciones salvífica y creativa se involucran recíprocamente... La realidad recibe de este modo una doble acuñación cristológica: la primera, por la creación; la

¹⁰ Muzzio, “Descenso de la cruz II”, 64.

¹¹ Gebara, Op.cit, 151.

¹² Juan Luis Ruiz de la Peña, *Teología de la creación*, Sal Terrae, 1992, 70.

segunda, por la resurrección. Ésta inaugura un orden nuevo, del que Cristo es principio (arché) como lo fuera, en cuanto ‘imagen’ del orden originario”.¹³

*todos los que vamos por la ciudad,
enredando y desenredando nuestras vidas,
formando una red invisible de saludos y palmadas en la espalda
red de carne pesada, obligatoria,
y todos nosotros
que vamos desenredando nuestros tiempos al mismo tiempo
tejiendo una madeja inexpugnable de tiempo dentro del tiempo,
carne dentro de la carne, vacío dentro del vacío;
en derrota, solos hasta el fondo último de la soledad¹⁴*

El verbo encarnado hace de pronto, “llegada la plenitud de los tiempos” (Gal 4,4) irrupción en la historia. En Jesús de Nazaret se encuentran, en abrazo pleno, profundo y fecundo, el hombre y Dios. Él hace visible la trascendencia en la inmanencia y ello refuerza la idea de que la esperanza no es un recurso de última hora, un recurso heterónimo a la humanidad y al mundo. La esperanza tiene que estar latiendo en lo profundo de la creación y del corazón humano. Lo mismo que la salvación-liberación. Es verdad que la gran liberación es operada por Cristo en la resurrección y que la gran esperanza es Cristo mismo, pero la realidad del Emmanuel (Mt 1,23) no puede estar reservada sólo “para el final”, sino que se hace carne en las resurrecciones o salvaciones cotidianas.

La bondad de la creación y la experiencia gozosa y feliz que podemos hacer de ella, a pesar de y en medio del sufrimiento, alimenta la esperanza en esa victoria definitiva. La creación, ésta, entregada en promesa a los patriarcas veterotestamentarios –y a nosotros, también, como promesa- necesariamente tiene que ver con el camino vital, con la experiencia, con la historia de cada uno y cada una y con la historia de todos y todas que peregrinamos *hacia*. Si Jesucristo es nuestra esperanza (1Tim 1,1) y si en Él *todo* será recapitulado (Col 1, 15-20) todo, entonces, está abierto a esa consumación final, no como meta a conquistar que deje en un *statu quo* el aquí y el ahora; si no como un aquí y un ahora libre, arriesgado, audaz, comprometido-con-cada-otro-en-Cristo muerto, pero resucitado. “Cuando con la esperanza no se camufla una evasión de la realidad, ni se pervierte como sanción de un ordenamiento religioso fatalista que disocia la creación de la promesa, entonces la libertad se establece como su misma condición de posibilidad [de la esperanza]”¹⁵ Sólo así la resurrección puede ser la “gran esperanza”, confianza, *fe-emuna*; una esperanza libre, actuante, vivida, que no traiciona la praxis del mismo Jesús. Lo demás, me parece, es evasión y fuga que traiciona el proyecto creador de Dios.

¹³ Ruiz de la Peña, Op. Cit, 74, 75.

¹⁴ Muzzio, “Lamento de Lázaro III”, 55.

¹⁵ Juan Noemi, *El mundo creación y promesa de Dios*, San Pablo, 1996, 484.

*ahora en la hora de la muerte;
veo los ojos, no los rostros, y el rosario de osarios bajo la luz,
de huesos que fueran míos, manos que besabas;
pero la hora de la muerte es todas las horas,
no hay un fin del dolor no hay descenso o fin del tormento;
sólo la luz de la cruz, en tiniebla;
sólo la cruz, sin esperanza de consuelo, en la tiniebla;
ahora en la hora de la muerte,
¿quién dará paz, arrancará aflicción?
padre: líbrame del padre.¹⁶*

La centralidad de Jesucristo no impide su identificación con los que sufren y los pobres (Mt 25, 31-46) Cabe, entonces, la pregunta ¿Es tan sólo cristológica la mediación? Sí, lo es. Pero esa mediación tiene un doble aspecto que no se debe ignorar: la solidaridad con los pobres, con los pequeños, con los marginados y los débiles que nos pueblan. Si todos hemos sido creados a imagen de Dios, hemos sido creados a imagen de Cristo. Por tanto, decir “creo en Jesucristo” no es sólo una explicitación formal, sino que el misterio acontece cuando se es *para el otro*. Este es el significado profundo de la persona de Jesús, quien da una dimensión pneumática a la existencia: “Cristo murió por todos. Vivir para Él significa dejarse moldear en su ‘ser-para.’”¹⁷ Que el mundo ha sido creado por y en Jesucristo implica remitirnos permanentemente a su praxis, a Mt 25,40, a la realidad de la proexistencia de Jesús. La esperanza de cada uno, por tanto, debe hacerse concreta para otros, debe actuarse en libertad, debe hacerse adelante de la salvación definitiva; podemos decir, incluso, que debe ser con-temporalizada, arrastrada desde el más allá de la historia hacia el más acá, hacia el hoy de la misma historia.

La salvación–liberación de Jesucristo tiene que estar entretejida con la trama de la vida para que sostenga al que hace la experiencia del dolor. Si no hacemos la experiencia feliz y gozosa de la vida, en algún momento de ella al menos, de la solidaridad, del amor ¿Cómo se nutre la esperanza? ¿De qué? ¿No corremos el peligro de convertirla en un constructo meramente teórico que poco y nada dice al sufriente? Nuestro cuerpo, individual y comunitario, y nuestra tierra son el primer lugar de salvación y de esperanza ¿Dónde si no? No sea que -parafraseando a Borges- tengamos una eternidad más pobre que el mundo. “El misterio de Dios que confesamos y esperamos como nuestro futuro de plenitud no es el de un motor inmóvil, cerrado en su absolutez o aséptico a nuestra historia. Es el misterio de un Dios que se regala, que nos ama incondicionalmente *en nuestra condición de condicionados*.”¹⁸

*y entre ausencia y presencia, el camino bajando hacia el mar,
los pasos huecos como rítmicos tambores,*

¹⁶ Muzzio, “Descenso de la cruz II”, 64.

¹⁷ *Spe Salvi* 28.

¹⁸ Juan Noemi, *Esperanza en busca de inteligencia. Atisbos teológicos*, Ed. Universidad Católica de Chile, 2005, 94. La cursiva es mía. También ver Adolphe Geshé, *Dios para pensar II, Dios. El cosmos*, Sígueme, 1997; también *Spe Salvi* N° 30.

*pasos como rítmicos tambores, de hombres que conozco;
porque ya no veo rostros sino huesos, y ceniza,
y el desierto extendido entre hombro y hombro;
porque conozco cada nombre sobre cada tumba;
porque ya no veo rostros sino un solo rostro, el mío;
porque ya no veo diferencia entre nacer y morir,
sino el camino que une nacimiento y muerte
hacia una única dirección;
porque no puedo oír su palabra: porque allí
donde voz y palabra se unen,
yo sólo escucho el viento arañando la arena,
mi propia voz goteando en el silencio:
madre: soy yo, lázaro, quiero morir¹⁹*

Esas experiencias de salvación-liberación-felicidad-eternidad, entretajadas en la trama vital, ese atisbo de la trascendencia en la inmanencia, son un momento fugaz, frágil, tan frágil como la misma vida. Sin embargo, tienen el poder de alimentar la esperanza para resistir al mal expresado y vivenciado de tan múltiples maneras. Esos atisbos tienen el poder de proyectarnos hacia la “gran esperanza”, de dispararnos hacia una eternidad posible o cierta... de alguna manera adivinada o intuida en la experiencia cotidiana. “Afirmar la ‘cotidianidad’ de la salvación no significa negar ninguna de las posibilidades abiertas por la perspectiva de un ‘más allá’ de la historia. Es preciso mantener la tensión entre este ‘inmediato histórico’ que es nuestra vivencia concreta y aquel ‘más allá’, objeto de la tradición de nuestra fe y de nuestra esperanza. Pero hay que estar atentos a no afirmar el más allá en detrimento de la historia concreta”.²⁰

Borges lo expresó bellamente en *Historia de una eternidad*: “Sobre la tierra turbia y caótica, una tapia rosada parecía no hospedar luz de luna, sino efundir luz íntima. No habrá manera de nombrar la ternura mejor que ese rosado. Me quedé mirando esa sencillez. Pensé con seguridad en voz alta: *Esto es lo mismo de hace treinta años...* No creí, no, haber remontado las presuntivas aguas del Tiempo; más bien me sospeché poseedor del sentido reticente o ausente de la inconcebible palabra *eternidad*. Sólo después alcancé a definir esa imaginación... Quede, pues, en anécdota emocional la vislumbrada idea y en la confesa irresolución de esta hoja el momento verdadero de éxtasis y la insinuación posible de eternidad de que esa noche no me fue avara”.²¹ También Borges intuye la inmanencia de la trascendencia: de la tapia al rosado, del rosado a la ternura, de la ternura al tiempo y del tiempo... a la eternidad. La eternidad *en* el tiempo, el tiempo en la ternura, la ternura en el rosado, el rosado... en la tapia. “La específica paradoja de este código [trascendencia en la inmanencia] reside, de acuerdo a lo anterior, en que la vivencia de la trascendencia retrotrae a la inmanencia dado que toda inmanencia es vivenciada en referencia a la trascendencia.”²²

¹⁹ Muzzio, “Lamento de Lázaro III”

²⁰ Gebara, Op. Cit. 162.

²¹ Jorge Luis Borges, *Historia de la Eternidad*, Emecé, 2005; 44, 45, 46, fragmentos. Cursivas y mayúsculas del autor.

²² Noemi, *Esperanza en busca...* 119. El autor alude a Douglas Hofstadter y agrega: “Precisamente la necesaria inmanencia.mundana de todas las operaciones que se refieren a la trascendencia, garantizan la

La radical esperanza cristiana es la pascua de Jesús de Nazaret y, con Su pascua, la nuestra. Pero esa pascua no está sólo al final de los tiempos, al final de la historia, al final del mundo; sino que se hace presente hoy, ahora, aquí, no en plenitud, pero entre sombras. Ivonne Gebara en *La cara oculta del mal* afirma que no deben perderse nunca de vista los dos polos dialécticos, lo que ella llama la “micro” y la “macrosalvación”. La microsalsación, agrego, animada por las microesperanzas cotidianas, y la macrosalvación, sostenida por la fe-certeza-confianza en el Dios de Jesucristo que cumple sus promesas. “La salvación, la felicidad, se viven en primer lugar en nuestra piel, y en nuestra piel de hoy. En este sentido la salvación es más que una promesa, aunque ésta constituya ya un resquicio hacia la salvación. La salvación es un encuentro, un acontecimiento, un sentimiento, un beso, un pedazo de pan, un viejecito feliz..., es todo lo que alimenta el amor, lo que nutre nuestro cuerpo y nuestra vida. Es más que una vida feliz después de ésta, aunque tengamos derecho a soñar con nuestro ‘mañana eterno’”.²³

*pero el señor aulló en la tiniebla;
aulló en la luz;
aulló silencio;
eso es lo que escuchamos;
esta es nuestra aflicción*²⁴.

La incomprendibilidad del sufrimiento humano involucra, también, a Dios: El creyente le exige, lo interpela, porque confía en Él: “¿Hasta cuándo, Señor, estarás mirando?...Tú lo has visto Yahvé no te calles, Señor no estés lejos de mí, despiértate, levántate en mi juicio, en defensa de mi causa, mi Dios y Señor”²⁵ Dios no es impasible, sino que sufre como con dolores de parto con el sufrimiento de sus hijos.²⁶ Dios pariendo es, también, una referencia para hablar de Dios; Dios sufre en toda su “anchura” el dolor de los suyos -oye el clamor de su pueblo- y transforma ese dolor en vida nueva, crea de nuevo, hace nuevas todas las cosas (Ap 21, 5-6) La imagen de Dios pariendo empuja a la resistencia, a la fuerza, a la esperanza en la vida que nace. El peso del dolor no aniquila la vida que es sostenida e impulsada radicalmente por Dios: es Dios como *capax passionis*,²⁷ pero no *capax passionis* impotente, sino que se resiste al mal, grita en la cruz, muere gritando, y desde esa solidaridad extrema se hace uno con nosotros, carga nuestro dolor y lo redime.

completa duplicación de la inmanencia a través de la trascendencia gracias a la inclusión por parte de la inmanencia de ese ‘strange loop’, con el cual la operación, que remite a trascendencia y ‘vivencia’ trascendencia, se observa a sí misma como mundano inmanente”.

²³ Gebara, Op. Cit. 163.

²⁴ Muzzio, “Descenso de la cruz I”, 60.

²⁵ Salmo 35.

²⁶ “El hebreo no tiene un término específico para expresar el sentimiento del mal o del dolor, sino que expone el porte y los gestos del que sufre, y de ahí pueden deducirse los sentimientos y la disposición del alma”, así por ejemplo, las palabras *hébel* o *sirim*, son las expresiones propias “de los síntomas de los dolores de parto y, luego, también, del dolor y de la angustia en general.” *Diccionario de teología bíblica*, J. B. Bauer, Herder, Barcelona, 1985, 995.

²⁷ Elizabeth Johnson, *La que es: El misterio de Dios en el discurso teológico feminista*, Herder, 1993, 339.

La identificación de Dios con la muerte de Jesús es la solidaridad máxima con el que sufre. Dios “se hace muerte”, se desvincula, se aísla, se hace no-relación-en-relación, soporta en sí mismo el peso de la muerte, el desgarró, el dolor, el silencio definitivo, el abandono. Y desde allí surge la Vida. Incluso, si se puede decir, la muerte ha quedado en Dios; Dios se hace cargo de la muerte para librarnos a nosotros de ella (¿dónde está ¡oh! muerte tu agujijón?, 1Cor 15,55) La muerte queda clausurada en Dios, Dios la vence “desde adentro” porque es infinitamente solidario en el dolor, “sufre infinitamente” con y por nosotros.

La capacidad de Dios de sufrir, y su voluntad de hacerlo -solidaridad en la cruz de Jesús y con los crucificados de la historia- es la expresión máxima de su amor y de su libertad. Así, también, la proexistencia de Jesús en la muerte misma traspasa, incluso, la misma muerte... “después de todo, el grito Dios mío, Dios mío ¿por qué me has abandonado? de Jesús fue lanzado en la víspera de la más grande comunión de la historia: La de la resurrección, la de la vida que vence a la muerte.”²⁸.

*estoy solo con mi dios
ausente en su presencia tumultuosa:
yo,
saco de huesos sucios por el uso, extranjero que espera;
del dolor la destrucción;
la destrucción del milagro.*²⁹

El N° 39 de *Spe Salvi* afirma: “En cada pena humana ha entrado [en nuestra historia] uno [Dios encarnado] que comparte el sufrir y el padecer; de ahí se difunde en cada sufrimiento la *con-solatio*, el consuelo del amor participado de Dios y así aparece la estrella de la esperanza”. La extrema solidaridad de Dios con el Jesús traspasado en la cruz es, precisamente, lo que nos mueve a confiar en ese Dios-Amor-Fiel que cumple sus promesas contra toda esperanza humana. “Este es el modo en que puede servir de ayuda el símbolo de Dios sufriente: como señal de que el misterio de Dios está presente en solidaridad con los que sufren. En medio del aislamiento que implica el sufrimiento, la presencia de la compasión divina como compañera de dolor transforma ese sufrimiento, no mitigando su mal, sino proporcionando un consuelo inexplicable”.³⁰

La identificación de Dios con Cristo sufriente y la solidaridad de Cristo con el dolor humano, debería movernos a una praxis de esperanza compasiva con cada adolorido de este mundo: Compasión con el otro; el otro sufriente es Cristo crucificado. La compasión de Dios irrumpe en el mundo y lo penetra hasta el tuétano para poder transformar el dolor desde el corazón mismo del dolor. El amor compasivo de Dios operó la resurrección y confirmó la praxis de Jesús de Nazaret. Y cada uno de nosotros, en Cristo, “no queda al margen del sufrimiento, en una simpatía no comprometida. No se queda mirando a la

²⁸ Gustavo Gutiérrez, *La densidad del presente*, Ed. Sígueme, Salamanca, 2003, 126.

²⁹ Muzzio, “Lamento de Lázaro III”, 54.

³⁰ Johnson, Op. Cit. 340.

víctima y aconsejando un estoicismo que niegue el dolor. La compasión empieza allí donde está el sufriente, en su aflicción, en su vergüenza y abandono... La compasión está con el sufriente, vuelta a, o sumergida en, su experiencia, viéndola con sus ojos. Esta comunión con el sufriente en el dolor, tal como él lo experimenta, es una presencia de amor que sirve de bálsamo al espíritu herido. Esta relación de sufrimiento compartido, simpatético, es mediadora del consuelo y del respeto que pueden animar al sufriente a aguantar el dolor, a resistir la humillación, a superar la culpa.”³¹ Y sólo en ese amor nuestro participado puede surgir la “estrella de la esperanza”, como la llama el papa Benedicto XVI.

¿A quién, entonces, elevaré mi plegaria entre estas ruinas? Al mismo Dios crucificado, al Dios en el que Jesús creyó, que desciende con su luz y con nosotros al infierno, al dolor y al sufrimiento, y nos sostiene -silencioso, imperceptible- en la hora de la muerte. Nuestra fe-esperanza-confianza es Aquel que ha mirado la muerte cara a cara y la ha vencido, y que vuelve a decirnos, una vez más, ¡y hasta el cansancio!, hasta que sea necesario: No temas. La luz que nos acompaña en el descenso, en la travesía del dolor, es la luz del Amor. Amor loco, desproporcionado y exuberante, amor de Dios que abraza a sus criaturas, y llora con ellas.

Ese Dios-Amor, hecho dolor y muerte en Jesucristo, se hace dolor y muerte, también, en cada uno de los sufrientes de la historia. Escucha, hace suyo y consuela cada aullido, empezando por el del Nazareno, pero no nos libra del dolor, sino que hace *con* nosotros y *en* nosotros esa escandalosa travesía. Por eso ¿Quién mejor que El puede recibir *mi plegaria en estas ruinas*, y en todas las ruinas?

*los que esperan el consuelo, fin de la palabra, tiempo y lugar,
esperan tus manos en la tarde mientras engendran y parten,
suben y bajan la estrecha escalera,
descienden a lo inmóvil o son abrazados en tu sangre
y escuchan el aullido, redimidos,
y beben tu aullido, redimidos;
esta es nuestra aflicción;
todo tiene su tiempo, todo va a un mismo lugar;
los ríos todos van al mar, el mar nunca se llena;
y en la breve luz de las olas separadas,
desciende con nosotros,
con tu luz,
en la hora de la muerte³²*

Esta es nuestra esperanza. La única. La Gran Esperanza.

³¹ Wendy Farley, *Tragic vision*, 81. Citado en Johnson, Op. Cit. 340.

³² Muzzio, “Descenso de la cruz”, III, 66.

Bibliografía

- Bauer, J. B, *Diccionario de teología bíblica*, Herder, Barcelona, 1985.
- Borges, Jorge Luis, *Historia de la Eternidad*, Emecé, 2005
- Carta Encíclica Spe Salvi* del Sumo Pontífice Benedicto XVI a los obispos, a los presbíteros y diáconos, a las personas consagradas y a todos los fieles laicos sobre la esperanza cristiana, Editrice Vaticana, 2007, edición bilingüe latín-español.
- Gebara, Ivonne, *El rostro oculto del mal, una teología desde la experiencia de las mujeres*, Trotta, 2002.
- Geshé, Adolphe, *Dios para pensar II, Dios. El cosmos*, Sígueme, 1997.
- Gutiérrez, Gustavo, *La densidad del presente*, Ed. Sígueme, Salamanca, 2003
- Johnson, Elizabeth, *La que es: El misterio de Dios en el discurso teológico feminista*, Herder, 1993.
- Muzzio, Diego, *Sheol, Sheol*, Nuevohacer Grupo Editor Latinoamericano, 1997.
- Noemi, Juan , *El mundo creación y promesa de Dios*, San Pablo, 1996.
- Noemi, Juan, *Esperanza en busca de inteligencia. Atisbos teológicos*, Ed. Universidad Católica de Chile, 2005.
- Ruiz de la Peña, Juan Luis, *Teología de la creación*, Sal Terrae, 1992